



El rol de la educación en sociedades competitivas

Introducción

El presente trabajo analiza los planteos de Fred Hirsch en su obra *Los límites sociales al crecimiento* [1985], para tratar particularmente las consecuencias negativas que presenta un sistema educativo en donde prime una función de selección o tamizado. Esto es importante para pensar el rol que tiene la educación en las sociedades contemporáneas, pero particularmente en las sociedades desiguales. Un sistema educativo que se plantea como una carrera de obstáculos conlleva irremediamente un gasto social que no es beneficioso para la sociedad como un todo, aunque sí podría servir para el individuo aislado y bien posicionado económicamente, que puede sacar provecho de un sistema educativo competitivo. La pregunta a responder, siguiendo esta línea, es si el sistema educativo en una sociedad desigual sirve como mecanismo de movilidad social o si simplemente reproduce el statu quo; si es posible que el sueño de mejorar el status social se dé o sólo sea una quimera. ¿Pueden todas las clases ascender socialmente en una sociedad desigual o ello implica una contradicción en los términos?

Las sociedades contemporáneas, herederas de una tradición liberal y fuertemente inmersas en una economía de mercado tienen como uno de sus pilares la promesa de la mejora social siempre que la persona se esfuerce y quiera superarse. Y la educación formal se presenta como uno de esos mecanismos que permiten obtener un mejor empleo, y por ende, un mejor status. Esto se visualiza más claramente en los niveles superiores, particularmente los universitarios y de posgrado.

En resumidas cuentas, el trabajo analiza las consecuencias de plantear una educación con miras a mejorar el status de los que participan de ella. Sin embargo, que la educación tenga ese fin no es natural, no estuvo siempre ligado a ella, fue el resultado de políticas desarrollistas en la década de 1960. La educación tiene beneficios que no pueden traducirse a términos económicos y para recuperarlos es necesario sacar el acento en la función económica de la formación. Para esto hay algunas salidas, pero si realmente quiere hacerse una sociedad no jerarquizada y más justa socialmente, hay que pensar en modificar la estructura social, la desigualdad. Ésta es la raíz de que los sistemas educativos se hayan

transformado en la principal esperanza de las clases medias y bajas para mejorar su posición económica.

Los bienes posicionales y el papel de los sistemas educativos

Las sociedades contemporáneas manejan una economía de mercado que tuvo su origen en numerosos factores pero principalmente en las revoluciones burguesas de finales del siglo XVIII. Esta forma de organización complejizó las relaciones sociales y la economía de épocas anteriores.

Fred Hirsch plantea que existen dos elementos para analizar a las economías complejas. Por un lado la noción de economía material: es la riqueza que puede aumentarse, los bienes materiales o servicios que pueden mejorarse, en principio, indefinidamente. Es el pastel físico que se reparte de determinada manera en una sociedad. Por otro lado, la economía posicional se refiere a los puestos de trabajo o servicios que son escasos por una imposición social o que se congestionan porque aumenta su uso. Los ejemplos más claros de esto son los trabajos más rentables, los que se ubican en los niveles superiores de la escala social y también podrían mencionarse las mejores zonas residenciales para vivir. Existe una relación entre ambas economías, la posicional se ve afectada por la material. Es decir, el pastel físico suele crecer en las economías contemporáneas, se descubren nuevas tecnologías que generan mayores ingresos o se explotan nuevos recursos, pero los bienes posicionales no aumentan. Piénsese en el caso de un terreno en una villa tranquila en un paisaje único. Para que pueda mantenerse como tal es requisito que se mantenga el menor número de habitantes posibles, una vivienda en esa zona es claramente un bien posicional, no puede aumentarse el número de lotes en la villa porque dejaría de ser tal. Un puesto jerárquico en una empresa no puede convertirse en muchos, la posición de jefe no puede compartirse con los subordinados. Así, es que el crecimiento de la economía material afecta a la adquisición de los bienes posicionales. El mecanismo que regula la relación es la de la ley de oferta y demanda, si los bienes posicionales se mantienen fijos, y la economía material crece, el precio de los primeros se elevará irremediabilmente. Como los terrenos de la villa no pueden aumentar en cantidad, la única manera de regular el acceso a ellos es elevando los precios de los mismos. Si esto se traduce a la obtención de un puesto jerárquico, el cual no puede comprarse, el 'costo' que aumentará será el de los requisitos para obtenerlo, es decir,

un puesto que antes requería un título secundario, si todos los postulantes poseen ese nivel, requerirá de un título universitario. Es así, que los gastos para obtener bienes posicionales aumentan a medida que aumenta la economía material del individuo. Si aumentan los ingresos familiares de determinado grupo, éstos intentarán mejorar su economía posicional, querrán comprar una casa en la villa o mandar a los hijos a una mejor escuela para acrecentar las chances de obtener un puesto laboral futuro más rentable.

Los mecanismos de regulación de estos bienes posicionales son varios. Aquellos que, como el caso de los terrenos de una villa, tienen valor por ser escasos, el elemento regulador es el precio. Como los terrenos son preciados en la medida de que sean pocos, el único método de que eso se mantenga de esa manera es aumentando el precio de los mismos. La distribución es vía la subasta, se obtiene el bien posicional si se es el mejor postor. Pero hay otros mecanismos de regulación y distribución de los bienes posicionales. En el caso de que el bien posicional pueda obtenerse por un número creciente de personas, imagínese el caso de utilizar el automóvil para ir al trabajo, se desemboca en un problema de congestión o apiñamiento. En un barrio en donde todos los habitantes utilizan el transporte público para ir al trabajo, obtener un auto propio generaría un gran beneficio para el que lo compre. La ruta estaría casi desierta y no perdería tiempo en las paradas del colectivo o el tren. Sin embargo, ese bien posicional, en la medida que los demás consigan comprarse un vehículo particular, sufrirá de una congestión. Lo que era un beneficio para uno ya no puede serlo para todos. Se producirían embotellamientos constantemente y se perderían las comodidades que se tenían si sólo unos pocos tenían ese bien posicional. De esta manera, el mecanismo de regulación sería una limitación a esos bienes posicionales, por ejemplo, una ley que prohíba el uso de vehículos particulares en ciertas zonas, o el aumento de impuestos sobre la obtención de vehículos o el aumento de los peajes en los horarios pico (en cuyo caso la regulación sería por medio de la subasta nuevamente).

Pero piénsese en otro tipo de bien posicional, el puesto de trabajo. Éste no puede ser sometido, en principio, al mecanismo de la subasta. Pero hay otro modo similar de regulación: se subirán los requisitos para la obtención de ese empleo. Para ser director de una empresa o profesor titular de una cátedra se pedirán la mayor cantidad de títulos

posibles. Para un cargo de profesor en la Universidad, si antes sólo se requería el título de grado, con el aumento de los egresados, ahora se necesita un título de posgrado.

El mecanismo de regulación que interesa para los propósitos de este trabajo es el de selección o tamizado. Esto es así, porque los sistemas educativos actuales presentan esta función en los niveles superiores. Que la educación posea esta fuerte impronta hace que las demás funciones de la educación, ya sean los beneficios en el desarrollo de los sujetos, la adquisición de herramientas intelectuales, la formación de ciudadanos con valores propios de la nación, etc, se vean opacadas e incluso canceladas por el carácter selectivo que tiene. Es decir, la búsqueda, por ejemplo, de un mejor secundario y posterior universidad, se hace en vistas de poder conseguir una mejor posición en el futuro. Terminar el secundario para un joven que trabaja en negro se vuelve imperioso para acomodarse en un trabajo mejor.

Dentro y entre diferentes empleos existen relaciones jerárquicas. Ser director de una compañía multinacional es un puesto que está por encima de los que se encargan del call center, tiene una mejor remuneración y, por ende, representan un mayor status. Pero a su vez, esa posición está por encima de un maestro de primario. Las mejores posiciones y empleos se presentan como bienes posicionales, cuanto más alto el puesto en la jerarquía más escaso se vuelve y máspreciado por los competidores que quieren obtenerlo. Estos puestos por definición son limitados. No pueden ser todos jefes o directivos, la mayoría de los trabajadores están en la base de la pirámide. Sin embargo, mientras crezcan las posibilidades económicas de los peor situados, imagínese que los empleados de base de una gran compañía internacional dedicada a la informática ganan una buena porción de dinero, crecen las posibilidades de invertir recursos en mecanismos para mejorar la propia situación y de la familiar, por ejemplo, enviando a los hijos a una mejor escuela y universidad. Si la población en conjunto mejora su situación económica es previsible que los agentes desvíen partes de sus ganancias en lograr mejoras para la obtención de bienes posicionales. La fuerza de trabajo se vuelca en poder obtener un puesto mejor, para ganar mejor. Pero, había quedado establecido que los bienes posicionales, particularmente los puestos superiores en la escala social son limitados. No pueden generarse sólo puestos directivos dentro de una empresa. Es así, que una manera de ajustar este problema se da a partir de la ya mencionada selección o tamizado. Esta función se instauró dentro del sistema educativo. La obtención

de títulos superiores permite estar mejor capacitado para empleos más complejos y mejor rentados. Las credenciales son el capital cultural que garantiza que un individuo ha atravesado la carrera de obstáculos satisfactoriamente y es capaz de tener un puesto superior. Esta visión de la escuela en general, es decir, de todos los niveles educativos, no estuvo siempre presente en el sistema, sino que tomó forma a partir de las teorías desarrollistas del capital humano. A partir de la década del 60 se instaura una ideología política que comienza a pensar a la educación como generadora de recursos humanos. Los países subdesarrollados vieron en esta concepción la manera de lograr el desarrollo económico. La hipótesis básica que maneja esta teoría es que la educación mejora la productividad. Mejorando la educación se estimula el desarrollo tecnológico y económico de una sociedad. La educación es una inversión, no un gasto. Los diferentes niveles educativos tenían otras funciones que quedaron relegadas por la implementación de esta visión, por ejemplo, transmitir pautas culturales que permitan a los individuos del país formarse como ciudadanos defensores de la democracia o alfabetizar y desarrollar sujetos políticamente comprometidos. Estas diferentes facetas se vieron eclipsadas, entonces, por la idea de desarrollo. La masificación de la educación se dio a partir de la década mencionada, particularmente del secundario y niveles superiores. Con una impronta fuertemente liberal, la escuela se transformó en un mecanismo para el desarrollo económico. El sujeto individual cobra especial relevancia porque se transforma en un elemento capacitado para el proceso productivo. En Argentina, el movimiento desarrollista tuvo lugar luego de la caída del gobierno de Perón, en 1955. Tuvo su origen en la CEPAL, e intentaba investigar los obstáculos y límites para lograr el desarrollo económico de las economías latinoamericanas. El Estado era el responsable de encarar el desarrollo, y uno de los mecanismos que tenía a mano era la formación de recursos humanos vía el sistema educativo.¹

Los empleadores utilizan los resultados objetivos del sistema educativo formal, es decir, los títulos, para decidir a quién contratar para determinado puesto. No sólo el papel es útil, sino otros datos, como el promedio, que permite descubrir qué persona es más disciplinada a la hora de estudiar y que puede convertirse en buen trabajador eficiente. La función de

¹Para un mayor desarrollo de este punto: Suasnábar, C. [2004] *Universidad e intelectuales*, cap. 1. Buenos Aires, Manantial.

selección del sistema educativo se ve en los títulos, aquel que consiga superar los distintos grados del sistema tendrá más chances de obtener un status superior. Esto encierra un problema social grave: si el pasaje por los niveles educativos es insatisfactorio, el individuo no pasa por el tamiz, y queda relegado del sistema productivo. Que el sistema educativo posea una función tal, sólo servirá a los que puedan superar la carrera de obstáculos, y a su vez, será muy perjudicial para el que no lo logre. Aquí comienza a hacerse visible un papel de mantención del status quo por parte del sistema educativo. “La educación en su función económica es pues un filtro, así como una fábrica” [Hirsch, 1985, p. 98].

Esta concepción encierra otro problema, la devaluación de los títulos. A partir de la masificación educativa y del crecimiento económico, sobre todo de las clases medias, los individuos invertían más tiempo y dinero en superar los niveles del sistema educativo. Así, la presión de las clases medias por el acceso a la educación media, antes reservada para la elite, produjo la ampliación del mismo, y la entrega masiva de títulos. Esto llevó a que el título secundario se devaluara. Ahora que todos los aspirantes para cierto puesto tienen título secundario, la vara se sube, y se solicita para el mismo un título universitario.

Otro problema grave es la pérdida de calidad. La masificación conlleva a que el aumento de establecimientos educativos necesiten más profesores, recursos, etc. Haciendo esto, por ejemplo, los secundarios de la provincia de Buenos Aires necesitan mayor cantidad de profesores y contratan estudiantes para ocupar los cargos que los docentes con antigüedad no quieren o también se acortan los planes de estudios para que los alumnos puedan egresar en menos tiempo. Esto refuerza el prestigio de otros establecimientos, por ejemplo, en Inglaterra, el aumento de la matrícula en universidades hace que se prefieran aún más los egresados de Cambridge y Oxford, que mantienen una tradición de excelencia desde hace años.

La función económica de la educación anula los llamados “beneficios externos” [Hirsch, 1985, p. 100]. Como ya se mencionó, la educación formal y no formal tiene funciones altamente estimables para el conjunto de la sociedad. Desarrollo cognitivo, transmisión de identidad, reducción de reincidencia para los que pasaron por el circuito penal, etc. La competencia que es inherente a un sistema educativo con una función tal conlleva a múltiples problemas que serán analizados más adelante.

El problema social que plantea esto es el gasto que no produce ningún tipo de beneficio. Si, como ya se mencionó, los bienes posicionales se mantienen fijos, el aumento del gasto personal en la obtención de ese bien, no lleva a ningún beneficio para la sociedad, sólo, y en cierta medida, para el individuo. Si se realiza una analogía con un teatro, los que primero se paren, podrán ver mejor, pero en la medida que todos se paren, el beneficio se pierde, y ya nadie está mejor que antes, sino todo lo contrario, se está peor. Si los individuos ahora necesitan seguir gastando años en estudiar, si ahora todos deben estudiar y competir en niveles cada vez más superiores para luego descubrir que el título se ha devaluado, nadie gana. Sólo unos pocos que deberán mantenerse en la competencia para no perder el bien posicional. Por ejemplo, si un titular de cátedra no aumenta su número de tesis, si no publica, si no se perfecciona mediante otros estudios, muy probablemente pierda el concurso de la cátedra ante otro profesor que rindió más.

Es así, que un sistema educativo centrado en una función económica de selección conlleva al problema de la devaluación de los títulos. Esto lleva a dos maneras de desperdicio social. Por un lado, se gastan recursos reales en la prolongada carrera de obstáculos, y por el otro, hay una frustración personal en tanto que el esfuerzo invertido en el estudio no se traduce en un puesto mejor, sino que lleva la mayoría de las veces, a conseguir un puesto que requiere menos capacitación de la obtenida.

Este análisis muestra que la ‘competición posicional’, en este caso por los mejores puestos de trabajo, no engendra ningún beneficio social. La competencia en el sector material podría generar beneficios para todos, incluyendo a los sectores menos beneficiados, pero en la dimensión posicional, no hay ganancia, es un “juego de suma cero” [Hirsch, 1985, p. 106].

¿Movilidad social o reproducción del status quo?

Teniendo en cuenta los análisis económicos de la educación, en tanto mecanismo para la obtención de un bien posicional, surge la pregunta de la posibilidad de la movilidad social en un sistema jerarquizado. La esperanza del progreso económico para todas las clases sociales ha sido el lema de los sistemas liberales. Ante sistemas políticos y económicos que

no permitían el ascenso social, las revoluciones burguesas presentaron un modelo en donde cualquiera que se esforzara lo suficiente podría obtener cuanto quisiera.

La movilidad social, a diferencia de otros sistemas, puede darse en las economías modernas de mercado. Dicha movilidad significa que los individuos tienen la oportunidad de ganar posiciones dentro de la escala social. Según Wilkinson y Pickett [2009] la movilidad puede darse a lo largo de la vida de un individuo, sería la intrageneracional, pero también puede darse en los individuos con relación a sus padres, sería la intergeneracional. El esfuerzo es la clave del éxito en este proceso, el ascenso se da por los méritos individuales.

La apuesta principal del individuo o la familia para progresar es invertir en la educación. Los títulos educativos se ven como la llave para mejorar el status económico y social que conlleva. Pueden existir otros medios de movilidad, pero el mayormente difundido es a través del sistema educativo. Y esto se ve claramente a partir de la masificación de la educación a partir de los años 60.

Ahora bien, a partir de las categorías de Hirsch con respecto a la función económica de selección, ¿puede considerarse al sistema educativo, principalmente en sus niveles superiores, como un mecanismo de movilidad social o, por el contrario, mantiene a cada cual en su lugar?

Todo el espectro político apoya el desarrollo educativo de la población. Sin embargo, hay que preguntarse si por sí solo un sistema educativo puede reducir la brecha social entre los más ricos y los más pobres o si solo refuerza las diferencias de clase.

Es importante tener en cuenta esta cita de Hirsch: “lo que podemos hacer cada uno de nosotros, no lo podemos todos” [Hirsch, 1985, p. 22]. El individuo, al considerar que la educación es el método de obtener una ventaja en la competencia económica invierte la mayor cantidad de recursos en la obtención de títulos. Es viable que mediante el esfuerzo personal y la superación de niveles educativos, accediendo al grado universitario y posgrado, pueda el sujeto obtener un mejor puesto en la jerarquía laboral. Sin embargo, si todos logran el acceso a los últimos niveles del sistema educativo quedarán en la misma posición que antes. Sólo uno accederá al cargo en cuestión. Imagínese que toda la clase baja de determinada sociedad accede a los niveles de educación superiores, toda la población del

país se encuentra con título de grado. Se vería a primera vista como una gran victoria social, sin embargo, los puestos de trabajo en esa determinada sociedad no son infinitos, y son menos numerosos a medida que esos puestos están más arriba en la pirámide. Por más que el estado garantice la igualdad de oportunidades, y todos accedan a todos los niveles educativos, los puestos seguirán en un número fijo, o crecerán más lentamente de lo que crece la economía material.

El proceso de devaluación de los títulos anteriormente mencionado, deriva en que los individuos de una sociedad tengan que aumentar el tiempo dentro del sistema educativo. Si antes se necesitaba ser licenciado para determinado cargo docente, ahora, ante el aumento de las personas recibidas, se necesitará, al menos, una especialización. Esto conlleva a que tengan más posibilidades de éxito aquellos que tienen los recursos para mantenerse dentro del sistema por más tiempo. Es así que los mejor posicionados económicamente tendrán más oportunidades de éxito en el proceso de tamizado.² No sólo en cuanto a la cantidad de títulos que puedan obtener, sino en su calidad. No es lo mismo que una persona estudie en una universidad estatal del país de origen que en Oxford. No es lo mismo cursar el primario y el secundario en una escuela que no dicta inglés que aquellas que sí. El proceso de selección, a medida que hay mayor cantidad de postulantes, se intensifica, y ya no sólo se solicitan títulos, sino títulos de prestigio.

En resumidas cuentas, la educación no puede ser el mecanismo de movilidad social para todos. El pasaje por el sistema educativo no va a resolver los problemas de pobreza, sino que muchas veces tiende a reafirmar la desigualdad y diferencia social. El que no logre atravesar correctamente los niveles de educación obligatorios quedará marcado socialmente como el 'incapaz' y no tendrá grandes oportunidades de empleo. Si un adulto quiere mejorar su situación intentará terminar el secundario, pero ya no podrá acceder al mejor colegio privado. Ingresará a una escuela que en muchos casos realiza un proceso acelerado de egreso, acortando la cantidad de años y las exigencias de promoción. El alumno ya no tendrá un título de prestigio y si todos los ciudadanos terminan el nivel, volverá a estar en la misma situación que antes.

²Esto puede verse claramente en que el abandono de la educación secundaria, en términos de país, se relaciona directamente con las zonas urbano marginales, Rivas, 2010, p. 85.

En resumen, si todos no pueden obtener los beneficios posicionales que brinda la educación, por ser limitados, lo lograrán los más capacitados, es decir, los que tienen los recursos para soportar por más tiempo la carrera educativa que se alarga por la devaluación de los títulos.

Conclusión

Los estudios de Hirsch permiten descubrir que en sociedades competitivas la universalización de los niveles educativos superiores (ya se planteó la cuestión del primario) llevará a la inflación de los costos de los bienes posicionales laborales y a la devaluación de los títulos. A su vez, esto tendrá un efecto negativo en los graduados: la frustración de no conseguir lo que se anhelaba. Pero esto no debe pensarse en un sentido equivocado, lo que se sostiene con esto, no es que hay que reforzar el proceso de selección y, en lugar de universalizar, reducir las posibilidades para formarse en el sistema educativo. Por el contrario, una decisión tal, sólo reforzaría la injusticia social, en tanto que reforzaría el estatus quo: ganarán en la carrera de obstáculos aquellos que tengan el mejor punto de partida. ¿Cuál es la mejor opción? ¿Masificar y que se produzca un efecto de embotellamiento a la hora de conseguir empleo o aumentar el tamizado en el proceso educativo y generar efectos negativos al aumentar la competencia? Parece no haber salida en lo que al sistema educativo se refiere, la única manera de repensar a la educación formal, es re plantear el sistema social. Si la sociedad ansía una educación que cumpla con las promesas de generar ciudadanos capacitados, de defensores de los valores democráticos y de derechos humanos, comprometidos socialmente, entonces la estructura social debe modificarse, el foco debe situarse en la desigualdad y la competencia que genera. Una sociedad más igualitaria reducirá la competencia y permitirá al sistema educativo abandonar el mecanismo de tamizado. No deberá seleccionar a los mejores, ni expulsar a nadie, porque no se presentará como una carrera de obstáculos. La sensación de crisis en relación al sistema educativo se desvanecería y podría repensarse su rol en la sociedad. Queda pendiente para un futuro trabajo la defensa de una sociedad igualitaria que permita pensar y articular un sistema educativo que no expulse ni estigmatice, y que no reproduzca las desigualdades económicas.

Bibliografía

- Hirsch, F. [1985]. *Los límites sociales al crecimiento*. México D.F., FCE.
- Rivas, A. [2010]. *Radiografía de la educación argentina*. Buenos Aires, Fundación CIPPEC.
- Southwell, M. [2011]. “La educación secundaria en Argentina. Notas sobre la historia de un formato” en Tiramonti, G. *Variaciones sobre la forma escolar. Límites y posibilidades de la escuela media*. Buenos Aires, Flacso.
- Suasnábar, C. [2004]. *Universidad e intelectuales*. Buenos Aires, Manantial.
- Tedesco, J. [2009]. *Educación y sociedad en la argentina (1880-1945)*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Wilkinson, R. y Pickett, K. [2009]. *Desigualdad, un análisis de la infelicidad colectiva*. Madrid, Turner.